

Introducción

LA PARADOJA DEL FLORECIMIENTO

SOMOS muchas las formas de vida y comunidades que compartimos este planeta. Humanos, animales, plantas, hongos, bacterias, virus, ríos, bosques, sabanas, tundras, desiertos, selvas... Todos vivimos en el planeta Tierra. Podemos llamar a este espacio común bajo el nombre de Terra, Gaia, Pachamama, Inanna, Astarté, Ishtar o Ashtart. Pero lo importante es que es un entorno que abraza nuestros nacimientos y partidas, donde convivimos y morimos todos. Más aún: la vida de unos provoca la muerte de otros, y la muerte de unos da vida a otros. Esta relación, que podemos entenderla como un ciclo natural o una simple evolución, merece ser pensada detenidamente. El polvo del Sáhara sirve de alimento para el florecimiento del Amazonas. Los arrecifes de coral de Australia tienen un valor incalculable para un sinnúmero de especies. Los polinizadores son capaces de dispersar semillas a miles de kilómetros. Este mundo es interdependiente. Y eso, en sí mismo, no es ni bueno ni malo, justo o injusto. Es así.

Lo que sí merece reflexión ética es cómo queremos formar parte de esta red relacional. ¿Cómo queremos que nuestra especie florezca con relación a las demás especies y su entorno? Esta es una pregunta ética que puede incluso

llegar a formar el sustrato de una teoría de la justicia. Cuando percibimos que nuestra huella en el mundo afecta negativamente sobre el florecimiento de otros seres vivos y transformamos los ritmos cíclicos de la naturaleza, acelerando un calentamiento atmosférico, deforestando bosques, desertizando suelos o acidificando los océanos, creo que debemos preguntarnos el porqué. Por qué provocamos estos daños a individuos sensibles. Por qué nuestra influencia dentro de la biosfera es tan notoria. Un porqué conectado a un para qué. Y un para qué que, desde cualquier conciencia moral, se encuentra atravesado por la cuestión de si merece la pena o se trata de un proceso justo.

Para evaluar estas situaciones, tenemos que preguntarnos quiénes son los afectados por nuestras acciones y de qué manera lo son. Si pensamos, por ejemplo, en el proceso de la industria cárnica, podemos intuir que sus efectos influyen negativamente sobre los seres humanos, los animales no humanos, las especies vegetales, sobre ecosistemas enteros o sobre el mismo clima. ¿Pero por qué es negativo? En el caso de los animales, humanos y no humanos, puede resultar bastante evidente: porque les causa un sufrimiento físico que corporalmente se puede experimentar. En el caso de las plantas también puede apreciarse un problema moral en tanto que son formas de vida que debido a los impactos de la industrialización pueden verse afectadas más rápidamente por el agotamiento de aquellos nutrientes, agua u otras condiciones necesarias para su florecimiento. En cuanto el daño que perciben intrínsecamente los ecosistemas o el clima, es una cuestión más controvertida. No son agentes racionales ni sensibles. Ni siquiera son seres individuales. Son comunidades o entidades sistémicas cuyas formas de evolucionar nos resultan extrañas y aún hoy son, en muchas ocasiones, desconocidas para la ciencia. Por eso es difícil razonar que los ecosistemas dispongan de unas capacidades propias que puedan ser dañadas y cuyo reconocimiento debería contar en el cómputo moral de una teoría de la justicia. Podemos pensar que un ecosistema cambia con el tiempo o por recibir ciertas perturbaciones. ¿Pero eso resulta malo solo por los efectos que recaen en los seres vivos individuales (es decir, porque tiene un valor instrumental)? ¿O resulta también malo porque el ecosistema no puede florecer de un modo que es valioso en sí mismo (tiene un valor intrínseco)?

Encontrar respuestas sólidas a tales preguntas seguramente escapa al alcance de este libro. Si bien creo interesante formularlas y dedicar un tiempo a explorarlas. Lo que sí forma parte del objetivo de esta obra es poner de relieve que el florecimiento de unos puede impedir el florecimiento de otros, y además hacerlo en órdenes ontológicos diferentes. Es decir, pueden surgir conflictos derivados de las oportunidades para ser y funcionar de cada entidad natural, esto es, de sus capacidades. Gozar de libertades parece un deseo legítimo para todos. Por lo que se antoja como un sueño de justicia que a todos se les reconozca igualmente. ¿Pero quiénes conforman ese «todos»? ¿Solo los seres humanos? ¿También los demás animales sensibles? ¿Incluimos a las plantas, a los hongos y a conjuntos de ecosistemas? Porque, ¿cuál es la barrera ontológica y específica que nos separa los unos de los otros? El florecimiento de toda especie vegetal, animal o fúngica no puede explicarse sin una apelación a todo el entorno biodinámico que le circunda y que habita en su interior. Somos, como algunos ya defienden, holobiontes, lo cual discute la premisa de que solo unas especies o individuos merezcan consideración moral intrínseca, dejando al margen a otras. Asimismo, aparte de preguntarnos hasta dónde expandimos el círculo del florecimiento, cabe cuestionarse cuáles son estas capacidades por igualar. Más aún: ¿es posible ecológicamente o hay unos límites biofísicos para ello?

Quizás el siguiente experimento mental puede ayudar a comprender la paradoja de una igualdad de capacidades que puede emerger de un contexto eco-dependiente. Imaginemos a cinco personajes: David, Ana, Tom, Mina y Bio, cuyos florecimientos se encuentran íntimamente entrelazados. Las capacidades de nuestros protagonistas pueden entrar en conflicto y generar toda una paradoja si la preocupación moral que guía las normas de justicia es conseguir una igualdad de capacidades, antes que hacer un examen crítico acerca de cuáles son estas o acerca de si precisan de unos límites. Esto es porque vivimos, a diversas escalas, en un mundo globalizado e interdependiente.

Tenemos a David, a quien las políticas públicas le facilitan que disponga de unas capacidades alimentarias basadas en la libertad de poder comer productos cárnicos a diario. Además, es alguien que trabaja internacionalmente en asuntos políticos, y para ello vuela con frecuencia a diversos países mientras le acompa-

ña su ordenador portátil, con tal de no perder productividad laboral durante los desplazamientos. David se ha criado en un entorno industrializado en el que comer carne, viajar y ser productivo forman una tríada cultural que es vista como un conjunto de oportunidades valiosas para lograr desarrollarse. Pero algunos verían esta tríada como restricciones sociohistóricas para sentir la libertad, porque empujan a David hacia una rueda de cotidianidad en la que no tiene tiempo ni para soñar, y menos probar, con llevar a cabo una forma de vida diferente.

Podemos pensar que garantizar este tipo de capacidades para todos no es algo malo en sí mismo, sino que incluso es algo bueno. Cada uno es libre de aprovechar estas oportunidades de diversos modos, o de no aprovecharlas si no lo desea. Igualar las capacidades no implica obligar a comer carne, a viajar en avión o a tener necesariamente un ordenador. Pero es una cuestión de justicia que cada individuo al menos tenga a su alcance la decisión de expresar o no estas opciones.

Contémosle eso a Ana, cuya familia ha trabajado en minas de extracción de coltán y que actualmente habita en una región devastada por la deforestación masiva que precede a la plantación de monocultivos que formarán piensos para el ganado. Sus oportunidades para desarrollarse libremente y cultivar sus propios alimentos se encuentran gravemente reducidas. Ana vive en un entorno rural, pero los campos que lo circundaban han sido expropiados y mercantili- zados para lucrar a las empresas cárnicas. Así que tiene buenas razones para denunciar una carencia en sus capacidades básicas para disfrutar de una buena vida. Una carencia que ha venido capitalizada por la igualación de unos estándares tan elevados en las capacidades de aquellos habitantes de los países industrializados.

La situación no es precisamente mejor para Tom, quien ha crecido en parte huérfano, en un mundo cambiante, donde escasean los alimentos y ni siquiera encuentra compañeros con quien relacionarse. Tenía dos hermanos, que desaparecieron junto con su madre cuando él tenía apenas unos meses de edad. Lleva años solo, desnutrido y experimentando un calor terrible que incluso le provoca daños en su sistema nervioso y en las articulaciones. Consecuencia del

cambio climático. Tom desconoce cómo sobrevivir a tales condiciones e intuye que su vida terminará antes de haber alcanzado la edad adulta. Trata de escapar hacia un nuevo mundo que le ofrezca mejores oportunidades, pero vive atrapado en una isla cada vez más estrecha, cuyos márgenes están siendo devorados a cada minuto por el océano. Otra consecuencia del calentamiento global. Un cambio climático que ha sido acelerado por las emisiones de dióxido de carbono, procedentes de la quema de combustibles fósiles, y por las emisiones de metano, derivados de una ingente reproducción de animales como ganado.

Mina parecería contar con algo más de suerte ya que, aunque también ha nacido en un entorno cada vez más cálido, de momento no ha encontrado demasiados problemas para estar bien nutrida. Su dieta contempla una amplia variedad de alimentos y eso le permite adaptarse mejor a las contingencias climáticas. Pero Mina, al igual que Tom, ha tenido una infancia marcada por la soledad, en la que ha crecido con pocos allegados cerca. Más fatídica resulta su historia cuando un día observa a un desconocido y, de pronto, recibe dos punzadas terriblemente dolorosas que sin previo aviso la llevan a perder la conciencia. Para siempre.

Bio, extrañamente, no siente nada. Una parte de él recibe un calor tremendo y otra parte se encuentra azotada por un frío inusual. Hay veces en las que parece que le falte oxígeno por la elevada contaminación. Otras, en las que se deshidrata y pierde minerales. Experimenta cambios, pero no los comprende racionalmente o los siente en su cuerpo. Si puede, se adapta a ellos y, cuando no, se deja llevar por ellos, lo que le lleva a cambiar parte de su identidad. Bio prueba a ser resiliente ante las perturbaciones cada vez más frecuentes que catalizan los seres humanos. Pero no siempre lo consigue. En ocasiones no le queda más remedio que sacrificar algunas de sus formas de funcionar. Todo sucede demasiado rápido, a muchas escalas y desde diversos ángulos. Como si en un partido de fútbol uno tratase de defender la portería de una lluvia de balones de distintos tamaños y lanzados de frente, de las esquinas y de arriba. Uno puede perder una zapatilla o un guante, pero seguirá intentando frenar los balones. Bio, que conoce a Ana, a Tom y a Mina, porque son de su misma familia y tiempo atrás había cuidado de ellos, proveyéndoles de tierras fértiles, agua

dulce, alimentos y compañeros de su misma especie, ahora se ve obligado a dejarles a su suerte. Son demasiadas las acometidas de las que se ocupa. No da para más. En sus esfuerzos por florecer se ve presionado a desprenderse de una parte de sí mismo y evolucionar.

Estos son los cinco personajes que se han subido al escenario de nuestro experimento mental. Todos tienen sus propias experiencias, unas condiciones contextuales específicas y unos impulsos propios para florecer. Todos disponen, de un modo u otro, de unas capacidades interconectadas.

Recordemos a David, quien trabaja en asuntos políticos y, para ello, se le exigen viajes casi a diario. Imaginemos que una de sus tareas solicitadas es que ayude a los gobiernos a tomar decisiones políticas a favor de la conservación ambiental y de las especies en peligro de extinción. Él, con toda su buena intención, sugiere que se tomen medidas políticas para salvar algunas especies bandera, como el oso polar. Es decir, propone salvar algunas de las capacidades de nuestro otro personaje, Tom, el oso polar que deambula desnutrido por el Ártico. Para ello, recomienda, muy a su pesar, sacrificar algunas focas marinas para facilitarle el alimento, dado que incluso se encuentra demasiado débil como para cazar. Es decir, un día los humanos se encargarán de acabar con todas las capacidades de nuestro otro personaje, Mina, una foca barbuda.

Mientras tanto, Bio, quien representa la biosfera, va perdiendo irreversiblemente miembros de su familia. Algunas de las especies que formaban parte de él podrán seguir reproduciéndose para dar a luz a nuevos congéneres, pero otras desaparecerán para siempre. Van quedando nichos ecológicos vacíos, lo cual hace que Bio vaya transformando sus dinámicas, volviéndose más hostil hacia muchas de las comunidades que antes convivían plácidamente. No basta con reemplazar unos individuos con otros, porque Bio es más que la suma de sus integrantes y tiene una forma de florecer sinérgica.

La situación se vuelve aún más trágicamente absurda si consideramos que David puede desempeñar este trabajo donde busca restaurar el carácter de Bio porque, en parte, Ana y su familia han vivido unas condiciones paupérrimas. Unas condiciones que, por un lado, visibilizan que Bio esté cambiando hacia un estado que dificulta la supervivencia de especies como Tom y Mina; y, por otro

lado, justifican que David se sienta a gusto con sobrellevar una rutina de trabajo en la que propone políticas para recuperar unas condiciones distintas para Bio y para Tom. Y todo este triste y paradójico desenlace, podríamos concluir, porque David no se ha detenido a replantearse con seriedad si quería seguir desarrollando sus capacidades o empezar a frenarlas mediante unos límites.

Todos quieren desarrollarse libremente, disfrutar de sus capacidades básicas para alimentarse, relacionarse con sus familias, desplazarse y recorrer el mundo, tener descendientes, jugar, cobijarse en un hogar o simplemente ser resilientes a las perturbaciones que les sobrevienen. Pero no todos pueden por igual. ¿La razón? Hay unos límites ecológicos que se los impide. Y ante una situación de límites, las capacidades de unos salen ganando, a menudo, ejerciendo dominación sobre las de otros. ¿Pero por qué el florecimiento de uno iba a importar más que el de otro? No es que unos siempre salgan plenamente beneficiados por el daño causado a otros, sino que en escenarios trágicos unos pierden más que otros. Un conflicto entre capacidades, una «contracapacidad», no refleja una situación en la que uno siempre gane y otro siempre pierda. Una contracapacidad muestra cómo la capacidad de alguien puede volverse, a veces a la larga, en su propia contra. Es un horizonte teórico que evidencia la interrelación de las capacidades de todos y es un concepto que sirve para hacernos razonar sobre la importancia que tiene para cada uno el florecimiento de aquel individuo o entidad aparentemente más lejana y diferente.

Este libro no trata de enjuiciar vidas como las de David, culpabilizándole por no poner unos límites a su desarrollo humano. Hay muchos factores, condiciones y capacidades colectivas detrás del estilo de vida y de las decisiones de personas como David. Él es hijo del capitalismo neoliberal, de un entorno globalizado y de un sinfín de roles sociales heredados. Así que este texto no busca criminalizar a nadie. Antes bien, lo que busca es ayudar a preguntarse acerca de cuán paradójico puede resultar el afán por igualar las capacidades humanas si tal pesquisa no va acompañada de una preocupación ecológica y sistémica por las interdependencias de las capacidades.

La realidad es bien compleja. Así que espero que la idea de contracapacidad pueda servir para pensar críticamente sobre el contexto sociohistórico que im-

pregna nuestras decisiones y sobre los problemas que puede suscitar adoptar un pensamiento neoliberal y atomizado, ajeno a todos aquellos procesos relacionales que permiten el florecimiento de uno. Espero que, en definitiva, este libro ayude a meditar más profundamente acerca de cómo hacer de este mundo un espacio más justo para todos.

TEMA Y PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA FILOSÓFICO

Vivimos en un contexto de emergencia ecosocial único en el que el calentamiento global cada vez es más intenso, el deterioro de los ecosistemas se agrava, la extinción de especies se acentúa y millones de personas sufren desigualdades sociales. Tales fenómenos, situaciones o procesos se encuentran íntimamente conectados. El concepto «ecosocial» procede de la asunción de que el metabolismo social y el ecológico son interdependientes. En las páginas que vendrán a continuación trato de reflexionar sobre estos desafíos desde una perspectiva filosófica, sin prescindir por ello del análisis científico. En realidad, es todo un gran tema preocupante que ya ha sido abordado insistentemente desde hace décadas por numerosos especialistas académicos procedentes de diversas disciplinas (como las ciencias políticas, la biología, las ciencias ambientales, la física, la economía, la antropología, la sociología, la medicina, la ingeniería, la psicología o el arte) e incluso impregnando las opiniones y los sentires de muchas personas sin estudios homologados por las instituciones académicas. Con frecuencia, en los pensamientos y análisis de estas personas sobre el tema ecosocial se han asomado preguntas filosóficas.

De hecho, es un tema que invita vehementemente a hacer filosofía, a reflexionar críticamente sobre nuestra situación en el mundo; y a hacerlo no desde posiciones necesariamente metafísicas o abstractas, sino desde la experiencia misma que tenemos de nuestras vidas y de sus vínculos con el entorno. Hay múltiples formas de filosofar y si bien es una práctica en la que se puede educar y ejercitar, no está reservada a ninguna élite privilegiada: cada uno tiene unas oportunidades especiales desde las que hacerlo.

La preocupación por el problema multidimensional que engloba el contexto ecosocial no es un tema absolutamente novedoso, sino recurrente y hondamente tratado. Ahora bien, confío en que ello no signifique que este libro sea redundante y no contribuya a la literatura académica en grado alguno, dado que el marco teórico desde el que se analizarán los problemas ecosociales no es tan habitual. Asimismo, las hipótesis que discutiré, el orden de mis argumentos y las tesis a defender son originales, elaborados y organizados según los criterios resultantes de mi propio estudio de investigación. El modo de comprender el escenario ecosocial que se expondrá a lo largo de este libro es, en este sentido, único.

Aunque son muchas las preguntas a las que se da cabida en este trabajo, algunas generales y otras específicas, una de las principales consiste en interrogarse cuál podría ser la teoría de la justicia más coherente para abordar el problema ecosocial que se nos viene encima. No es una cuestión fácil, dado que existen muchas teorías de la justicia que establecen distintos criterios para decidir lo que está bien y lo que está mal. Una de ellas es el «enfoque de las capacidades», cuyo objetivo es igualar las libertades que tienen las personas para así poder actuar o ser de una cierta manera que les satisfaga. Es decir, lo que se busca es equilibrar las diversas oportunidades reales que tenemos, basadas en circunstancias personales y sociales, para lograr llevar a cabo una buena vida, de calidad, según nuestra propia concepción. Como las personas procedemos de contextos muy diferentes y bajo condiciones más o menos privilegiadas a nivel físico, económico, social y político, el enfoque de las capacidades procura empoderar a aquellas con más dificultades para convertir los recursos que les envuelven en opciones deseables para su propio desarrollo humano. De esta manera, busca la equidad en las libertades para alcanzar un óptimo bienestar. Es una teoría liberal que no define al detalle qué estilo de vida debemos perseguir todos, sino que, al enfocarse en garantizar simplemente un equilibrio en las capacidades, deja que cada uno pueda elegir qué hacer con su propia libertad. Así, bajo este marco, cualquier política justa debería garantizar al menos un nivel de mínimo umbral en las capacidades de las personas, para que luego cada uno las desarrolle de acuerdo con la vida digna que quiera llevar.

Aparentemente, un buen criterio, ¿no? Si bien, el enfoque de las capacidades ofrece buenas razones para erigirse como teoría de la justicia social, presenta un serio problema: de entrada, no es tan adecuado para abordar los graves retos que plantean, por ejemplo, el caos climático acelerado, el calentamiento global, el desgaste de recursos o la pérdida de biodiversidad. En otras palabras, no constituye una buena teoría de la justicia ecológica. Sí que puede ofrecer argumentos en clave de justicia ambiental, es decir, razones que tienen en cuenta el cuidado y la gestión del medio ambiente y de los animales para satisfacer nuestras necesidades humanas. Pero esta sigue siendo una mirada antropocéntrica, que instrumentaliza todo aquello que no es humano para usarlo en nuestro propio beneficio. Estos prejuicios de especie, a mi modo de ver, no sirven para guiar una justicia ecológica profunda.

Por ello, el objetivo de este libro consiste en reconstruir críticamente el enfoque de las capacidades a fin de dar respuestas filosóficas a los numerosos desafíos globales que comprometen el bienestar y la salud, no solo de los seres humanos, sino también de los seres no humanos y de los procesos ecosistémicos. Como este es un problema muy amplio y genérico, en este estudio se discute más en detalle un subtema que forma parte del contexto ecosocial y contribuye a articular ese abanico de injusticias ecológicas y sociales. Este es el de la industria cárnica. Analizar las vastas consecuencias de la industria cárnica, abordándolas desde una perspectiva multidimensional, es uno de los principales escenarios sobre los que trato de aplicar mis reflexiones. Defiendo que esta es un motor de nuestro metabolismo sociocultural que genera «contracapacidades», es decir, conflictos entre distintas capacidades, lo cual lleva al problema filosófico de averiguar qué capacidad puede ser prioritaria o más valiosa moralmente que otra. Un problema que se agrava si en la ecuación de la justicia ecológica entran también en consideración las capacidades de la naturaleza no humana.

Mi propuesta, por lo tanto, es indagar bajo qué argumentos las capacidades deberían ser limitadas por políticas ecológicas, así como de qué manera transformar espacios dominados por la ganadería intensiva en territorios libres de semejante gestión antropocéntrica, puede ayudar a adquirir un bienestar más justo a nivel global, intergeneracional e interespecífico. De esta manera, el tema

del presente trabajo exige una mirada crítica basada en una perspectiva interdisciplinar, en la que ciencia y filosofía se vuelven complementarias.

En definitiva, estos son los principales temas expuestos en esta obra. La urgencia que requieren los retos ecosociales, y muchas de las consecuencias derivadas de la industria cárnica, empujan la filosofía hacia una encrucijada: ¿espoleamos la reflexión crítica a fin de conseguir resultados tempranos y con ello evitar injusticias cuanto antes o mantenemos una actitud sosegada y sin premuras en la que se busque un bien mayor a largo plazo?¹ Son dos caminos que pueden tanto separar como unir a filósofos y a activistas: a algunos les llevará a distanciarse, a otros a transitar juntos en un diálogo entre el pensamiento y la acción. Como bien se sabe desde la bioética, atender a «lo urgente» o atender a «lo importante» no siempre pasa por el mismo camino y a menudo ante un caso concreto toca escoger qué es más justo (o menos injusto) priorizar. En cualquier caso, pienso que la filosofía práctica tiene un rol fundamental, dado que sirve para construir ese espacio reflexivo en el que se valore sobre qué ventajas y desventajas morales albergan los distintos procedimientos posibles, incluidos aquellos asociados al propio pensamiento crítico-reflexivo. Es decir, hacer filosofía implica hacer «meta-filosofía», situando el pensamiento en un segundo orden de autorreflexión.

ENTRE MOTIVACIONES Y BIOGRAFÍAS

Para contestar abiertamente sobre la motivación que me impulsó a dar luz a este libro, es pertinente explicar brevemente mi trayectoria, mencionar algunos de mis intereses e inquietudes que han estado presentes durante varios años de mi

¹ De hecho, en el fondo de esta pregunta aparece una tensión ya conocida por la historia de la filosofía: el debate entre el pensamiento kantiano de no sacrificar algunas vidas humanas a fin de asegurar un bien mayor para otras (pues el ser humano y su dignidad ostentan un valor intrínseco no instrumentalizable), y el pensamiento utilitarista de buscar el mejor resultado para la mayoría, aunque ello implique dejar de lado el cuidado de unos pocos en la persecución de ese fin.

historia personal. Comentar por qué elegí el tema de investigación que se trata y discute en esta obra pasa por revelar someramente mis decisiones y sensibilidades del pasado. La biografía de un autor otorga un sentido u otro a sus escritos.

Desde que era muy pequeño tenía muy claro que quería ser veterinario, una profesión de la cual no tenía dudas que quería dedicarme. Lo que me motivaba de bien pequeño a aferrar esta decisión era que quería que los animales estuvieran bien, porque me encantaban. Así, desde esta edad hasta los dieciocho años, época en que participaría en la selectividad, estaba convencido de que estudiaría la carrera de Veterinaria.

Sin embargo, mis notas no alcanzaron por pocas décimas la nota de corte requerida para cursar Veterinaria, hecho que me puso ante un punto de inflexión: ¿qué estudiar y a qué dedicarme profesionalmente? Seguía teniendo claro que adoraba los animales y quería lo mejor para ellos, y pensaba que ser veterinario me daría la oportunidad más adecuada para asegurar su salud y bienestar. Pero me encontraba con que tenía que o bien alejarme de ese propósito, o bien buscar otra alternativa desde la que cumplir esa motivación. En ese momento tenía tres opciones entre las que dudé: iniciar la carrera de Biología, disciplina cercana, pero desde la que no sabía el tiempo que me llevaría enlazar con la de Veterinaria; hacer un curso de dos años de Ciencia y Tecnología de los Alimentos que me serviría como puente de acceso a la carrera de Veterinaria; o empezar la carrera de Filosofía, una materia que en principio me alejaba definitivamente de mi principal interés por cuidar de los animales, pero resolvía otras de mis inquietudes internas. Después de serias incertidumbres, opté por esta última opción. Fueron varias las razones que me llevaron a cursar Filosofía, pero en un inicio eran razones no alineadas precisamente con la motivación de asegurar la salud de los animales.

Fue así, sin embargo, hasta que en alguna asignatura de la carrera empezaron a aparecer debates sobre el ecologismo y nuestra relación con la naturaleza o, más en detalle, cuando estudié bioética y aprendí lo íntimamente entrelazados que se encontraban la disciplina de las ciencias de la salud y la reflexión ética. Entonces supe inmediatamente que quería enfocarme en la filosofía práctica y especializarme en bioética, porque era una forma de recuperar la principal motivación pro-

fesional que me había acompañado desde que era pequeño; y además hacerlo desde un bagaje quizás menos directo o técnico, pero reflexivamente más rico que desde la propia veterinaria. De ahí que mi trabajo de final de grado versara sobre los dilemas morales de la experimentación en animales con fines biomédicos. Me enfoqué en investigar distintos temas científicos y filosóficos sobre el bienestar animal, en escuchar las discusiones acerca de sus posibles derechos y en comprender hasta qué punto nuestra relación con ellos es instrumentalista.

Más adelante, mientras estudié un máster en filosofía contemporánea dilucidé que dichas temáticas guardaban importantes relaciones con la justicia social, habiendo correspondencias directamente proporcionales entre la justicia hacia los animales y la justicia hacia el resto de los seres humanos, apreciables, por ejemplo, en el ámbito de la alimentación. Asimismo, al margen de mi formación académica, llevaba ya un tiempo participando en movimientos sociales por la defensa de los animales, compaginando el activismo con mis estudios teóricos. Esta experiencia me reafirmó la idea de que la filosofía debía ser práctica e implicarse de forma aplicada en las injusticias que acontecen en la vida cotidiana. Pronto averigüé que el consumo de una dieta rica en alimentos cárnicos va estrechamente ligado con el proceso industrial de la ganadería intensiva: a mayor demanda de carne, mayor exigencia por ofrecer este producto a sus consumidores, exigencia llevada a cabo en primera instancia por industrias y mecanismos lucrativos que intentan sacar partido económico de la cultura social. Todo un proceso que además de perjudicar la vida de los animales, agrava las desigualdades sociales. Al percibir esta cadena de demanda-oferta-desigualdad, me planteaba más cuestiones, como la de si la política debe hacer algo al respecto con tal de legitimar una sociedad libre pero justa en varias dimensiones y sin prejuicios de dominación.

Acabé exitosamente el máster y, después de varias solicitudes y angustiosas preocupaciones, conseguí recibir la beca predoctoral que ha permitido el sustento económico para la realización de este trabajo. Para mí ha sido toda una oportunidad privilegiada en la que he podido seguir satisfaciendo esa motivación que casi siempre he tenido con una profundidad intelectual, además, mucho más compleja y razonable. No basta con querer cuidar a los animales y proteger su

salud, hay que comprender cuáles son las formas más coherentes o justas para ello. Y este es un asunto complejo desde el que el pensamiento filosófico me ha brindado un enfoque más abierto y (auto)crítico. La reflexión bioética sobre nuestro trato con los animales me acercó también al estudio del metabolismo industrializado que tienen nuestras sociedades desarrolladas económicamente y sus efectos perniciosos sobre el medioambiente. En el fondo, son procesos interrelacionados: cómo tratamos a los animales afecta al entorno ecosistémico y, a su vez, un deterioro de este devalúa gravemente la vida de los animales.

Así, los últimos años, a la par que cursaba un doctorado en filosofía entré a formar parte de una asociación ecologista gracias a la cual amplí mi formación y experiencia en los temas asociados al escenario ecosocial que actualmente vivimos. También, para complementar mejor mi formación doctoral y poder elaborar un mejor trabajo de investigación, leí numerosos libros y artículos y cursé un posgrado en ética ecológica, sostenibilidad y educación ambiental, en el que aprendí más minuciosamente sobre la complejidad del caos climático, la pérdida de biodiversidad, cómo ha evolucionado nuestro metabolismo sociocultural, las razones del éxito del estado de bienestar, las relaciones patriarcales de poder o los puntos de encuentro y desencuentro entre el animalismo y el ecologismo. Toda esta nueva base me permitió, por un lado, ser acogido en un nuevo programa de doctorado, de ciencia y tecnología ambientales, y, por otro lado, ampliar el alcance de mi motivación inicial. Mi interés principal ya no era solo, ni primordialmente, buscar el bien de los animales no humanos, sino comprender bajo qué formas o procesos aparecen tensiones entre la búsqueda de nuestro florecimiento como humanos y el florecimiento de la naturaleza no humana. Mi motivación personal ahora buscaba, quizás con más sensibilidad e interdependencia que años atrás, el cuidado de las diferentes formas de vida.

Esta es brevemente la trayectoria personal que explica por qué elegí el tema de investigación de este libro que estás leyendo. Es la motivación más íntima y vocacional que me ha impulsado a dedicar horas, días y años a tratar estas cuestiones tan filosóficas como científicas. Por supuesto, otros condicionantes personales y profesionales han influido en la formación de intereses secundarios.

Por ejemplo, el conocimiento de cómo opera el sistema universitario y la lectura de diversos textos académicos me han incitado a que articule algunas de las tesis que aquí se presentan haciendo uso de un lenguaje no siempre divulgativo y sosteniéndolas con un amplio número de referencias. Aunque tal vez no sea una obra amena o de fácil comprensión, considero que no deja de ser una contribución original e importante a la literatura filosófica, dado que ayuda a concebir algunas injusticias actuales desde argumentos poco habituales y minoritarios dentro de la vasta bibliografía existente en filosofía que hay, por un lado, y en ciencias naturales y ambientales, por otro. Esta desatención en el ámbito educacional y académico por algunos argumentos críticos o sensibilidades sobre nuestra relación con la naturaleza es lo que también me ha motivado a escribir este libro. Quiero que esta obra ayude no solo a comprender mejor algunas lagunas morales, sino también a averiguar cuáles son nuestras responsabilidades.

¿Cuáles son los objetivos de este libro?

Definir unos objetivos claros ayuda a establecer con mayor claridad los argumentos que se exploran, así como a visibilizar la contribución que pueda ofrecer este libro a la literatura filosófica y ecológica. Partiendo de los temas antes expuestos sobre los que se centra este libro, hay una serie de hipótesis y tesis que predicen ciertas ideas al respecto y que conforman el núcleo de las próximas páginas. Estas son resultado de unos propósitos determinados:

- A. El principal consiste en esbozar teóricamente una filosofía de la justicia adecuada al contexto ecosocial y que sirva para comprender los escollos morales de la industria cárnica. Una filosofía basada en revisar críticamente el enfoque de las capacidades elaborado por Amartya Sen y Martha Nussbaum a fin de que sea más coherente con el complejo problema ecosocial emergente. Y dentro de este objetivo, se incluyen varios:
 - A.1 Cuestionar de qué manera y por qué la igualdad de capacidades debería tener en cuenta unos límites ecológicos.

- A.2 Diferenciar entre capacidades individuales y capacidades colectivas, reconociendo la relevancia de ambas.
- A.3 Articular teóricamente la idea de contracapacidad, y analizar sus aportaciones críticas al enfoque de las capacidades más clásico.
- A.4 Comprender mejor cómo la industria cárnica forma parte del metabolismo antropogénico que ha conducido al problemático escenario ecosocial actual. Y, más en profundidad, cómo y por qué puede considerarse una grave fuente de contracapacidades.
- A.5 Analizar qué tipos de propuestas de justicia pueden contribuir a paliar los conflictos entre capacidades resultantes de los distintos problemas ecosociales y en qué modo son filosóficamente razonables.
- A.6 Argumentar cómo podría reformularse el enfoque de las capacidades a fin de que evitase ciertos problemas de contracapacidad.
- A.7 Explorar el interrogante de por qué sería razonable aceptar y defender las capacidades no humanas, incluyendo las capacidades ecosistémicas.

En resumen, en estos objetivos se esbozan preguntas guiadas por un «qué», un «cómo» y un «porqué». Esto permite replantearse detenidamente cuáles son los roles de la filosofía y de la ciencia ante tales interrogantes, dado que desde el propio pensamiento académico hay una versatilidad de opiniones. Hay quienes piensan que la filosofía debería centrarse en reflexionar sobre todas aquellas cuestiones encauzadas por un «porqué» o un «para qué», mientras que la ciencia es el área encargada de plantear y resolver los «cómos». La primera intuición que guía esta idea es que el «porqué» y el «para qué» acogen aspectos normativos (o prescriptivos) y subjetivos, criterios que se encuentran fundamentalmente en nuestras mentes racionales en tanto *Homo sapiens*. En segundo lugar, el «cómo» apela sobre todo a análisis descriptivos de la realidad o de la naturaleza, implica una cierta impregnación fáctica, una experiencia empírica. Esta comprensión tal vez sea heredera de la tradición moderna, que desprestigió todo contacto inmersivo con la naturaleza y entendiendo que si había que hacer ciencia era desde una posición jerarquizada de supremacía. Así, para algunos

pensadores de esa época, el mejor ejercicio filosófico podía hacerse perfectamente estando sentado en una butaca junto a la chimenea, sin necesidad de salir al mundo exterior. Y es cierto que se puede hacer filosofía desde cualquier rincón, pero dependiendo del tema que quiera tratarse es preciso saber cómo funciona el mundo exterior, conocer profundamente la naturaleza no humana que nos rodea y da sustento, y dialogar con la ciencia.

Antiguamente, los filósofos griegos no establecían una clara división entre hacer ciencia o filosofía. Aristóteles, por ejemplo, entendía que el «porqué» era la pregunta filosófica por excelencia, pero para tratar dicho interrogante acudía al «qué» o al «cómo» en su análisis de las cuatro causas que daban explicación al «porqué». Es decir, las preguntas estaban entrelazadas. La *physis* y la *sophia* formaban parte de la educación e investigación de los filósofos de esa época. Y de hecho así lo ha sido a lo largo de la historia hasta que la modernidad empezase a ampliar las escisiones y la especialización de los siglos posteriores crease un notorio abismo entre las ciencias y la filosofía, considerada como un área propia de la corriente «humanista» y de las «letras». Ello explica por qué es habitual que muchos estudiantes universitarios que optan por cursar estudios en filosofía no tengan una rica formación científica. De forma generalizada, la filosofía sigue considerándose popularmente como pensar en abstracto, por ello queda relegada la participación de muchos filósofos y filósofas en investigaciones científicas o debates políticos.

No obstante, en mi opinión, la filosofía no solo ayuda a responder al «porqué», sino también al «cómo». Que sea solo la ciencia la que responda al «cómo» presupone un reduccionismo exacerbado. Para algunas preguntas concretas, quizás sea más útil y efectivo que sea la ciencia la encargada de responder al «cómo», por ejemplo: cómo funcionan los volcanes, cómo se produce la refracción o cómo se produce la fotosíntesis, son cuestiones que pueden ser resueltas con solvencia por la ciencia. Pero para otras preguntas más complejas hace falta la filosofía, por ejemplo: cómo se origina el cambio climático acelerado, cómo podemos proteger mejor la biosfera o cómo podemos estar más sanos, son cuestiones que si se tratan simplemente desde una descripción científica no quedan plenamente abordadas. Hay preguntas que no están formuladas bajo un «porqué», sino quizás bajo un «cómo», pero no son puramente científico-técni-

cas, sino que requieren a su vez de reflexiones filosóficas sobre nosotros mismos: sobre nuestro comportamiento, nuestro estilo de vida, nuestra forma de relacionarnos, e incluso de concebir la vida, nuestro propio desarrollo, el bienestar o la libertad. La pregunta acerca del «cómo» incluye pensamientos epistemológicos que no contradicen el hacer filosofía, dado que pueden requerir pensar sobre la propia condición humana.

En realidad, reflexionar sobre si el «para qué» o el «porqué» ha de preceder al «cómo» en ciertas preguntas es ya un ejercicio filosófico en sí mismo. Para algunas cuestiones, demorarse en atender al «cómo» a fin de comprender mejor los otros interrogantes, puede agravar las injusticias. En problemas bioéticos el tiempo para pensar suele ser muy limitado y el hecho de discriminar a qué pregunta se le concede prioridad es una valoración moral relevante y compleja. También se ha de ser prudente a la hora de dirimir qué interrogante primar ante cierto problema, pues ello podría facilitar la permanencia de una «élite» especializada que divagara sobre estas cuestiones metafilosóficas mientras se priva a otras personas de la participación en estas reflexiones.

Una vez más, la tensión entre aquello que es urgente y aquello que es importante puede verse como una dicotomía trágica para el análisis de los problemas bioéticos y un tópico dentro de la tradición filosófica. Pero esta idea recoge la duda de si el «porqué» o el «para qué» debería preceder al «cómo» a fin de evitar algunas injusticias realizadas por una falta de reflexión previa, o bien debería ser a la inversa. Sobre el orden en el que pensar las preguntas no veo clara una metodología unívoca. Ahora bien, esta duda no pone en entredicho que la filosofía deba ser partícipe también de aquellos interrogantes más sutiles y aparentemente descriptivos a los que la ciencia suele dedicarse. Filosofía y ciencia necesitan dialogar en su búsqueda por el conocimiento.

¿Qué se va a defender?

La búsqueda de los objetivos que encauzan los diversos capítulos de este libro lleva a partir de unas hipótesis y tratar de formular una serie de tesis. Porque

¿qué diferencia una hipótesis de una tesis? Se suele entender que la hipótesis es el interrogante o suposición que debe ser puesto a prueba, mientras que la tesis es la manera de demostrar que la hipótesis se aprueba o se rechaza. Es decir, una tesis es la validación racional y argumentativa a la cual se someten las premisas que inician una investigación o disertación. Desde estas definiciones, es plausible pensar que las principales hipótesis que conforman este libro, en consonancia con los objetivos, serían las siguientes:

- B.1* El enfoque de las capacidades es un marco teórico de la justicia que brinda la posibilidad de encajar adecuadamente muchas de las injusticias sociales que se viven en la actualidad, mostrándose más razonable que otros enfoques contemporáneos de la justicia.
- B.2* Existen capacidades colectivas y tienen relevancia moral.
- B.3* Puede haber conflictos o situaciones de injusticia que generen contracapacidades.
- B.4* El enfoque de las capacidades no dedica suficiente importancia a la dimensión ecológica o a las causas de algunas situaciones propias del colapso ecosocial del siglo XXI.
- B.5* La industria cárnica es un motor generador de muchas contracapacidades.
- B.6* Las teorías especialmente enfocadas en una justicia distributiva permiten articular buenas razones en pos de una justicia ambiental, pero no bastan para una justicia ecológica.
- B.7* Los individuos no humanos, comunidades bióticas y ecosistemas tienen capacidades intrínsecas, cuyo reconocimiento es relevante para abrazar una filosofía de la justicia ecosocial.

Estas son las suposiciones que vertebrarán las páginas escritas a continuación, esas premisas que serán puestas a prueba bajo el escrutinio científico y filosófico. Este libro es el proceso analítico y narrativo de tales hipótesis. Y puede avanzarse que su validación argumentativa queda articulada por la siguiente tesis:

C. El enfoque de las capacidades planteado por Sen y Nussbaum no es lo suficientemente sensible a la noción de unas «comunidades de significación» o al concepto de una «agencia sociohistórica», hecho que le conduce a no reconocer capacidades colectivas y a desembocar más hacia un tipo de justicia distributiva de corte liberal en vez de hacia una justicia relacional de corte comunitarista. Asimismo, al prescindir de un análisis serio sobre las capacidades colectivas, no se concede una atención adecuada a las relaciones de dominación que pueden impregnar las libertades sustantivas de los individuos: no ejerce la misma influencia sociocultural sobre las capacidades todo un trasfondo de intencionalidad colectiva que una intencionalidad individual. Por esto, el enfoque de las capacidades planteado por Sen y Nussbaum tampoco atiende debidamente a algunas cuestiones relativas a la participación sobre «lo común». Este primer desglose argumentativo explica de qué modo pueden formarse conflictos entre capacidades, o contracapacidades, sin que pasen adecuadamente advertidos por el marco de las capacidades.

Al tratar de aplicar el concepto de contracapacidad al contexto de emergencia ecosocial actual, especialmente a todos los impactos concernientes a la industria cárnica, se aprecia que hay una íntima relación de causalidad: la industria cárnica produce numerosas injusticias que pueden leerse en clave de conflictos entre capacidades, habitualmente entre individuales y colectivas. Esta segunda constatación procede de un análisis, por un lado, sociocultural de cuáles son las condiciones del modelo alimentario «desarrollado» predominante en los países más enriquecidos económicamente y, por otro lado, científico o descriptivo de cuáles son los efectos biogeoquímicos, ecológicos y en la salud de este modelo. Si el enfoque de las capacidades no es sensible a todas estas condiciones y consecuencias de la industria cárnica, así como su influencia en el desarrollo de la capacidad de «estar sano» o «bien nutrido», pueden surgir graves contracapacidades.

Resulta adecuado proponer unos límites ecológicos, y no solo umbrales sociales, a las capacidades humanas, porque la simple igualación de

estas provoca injusticias sociales, intergeneracionales, interespecíficas y ecológicas. Esta tercera proposición que vertebra la tesis principal de este libro viene fundamentada por los argumentos y análisis derivados de las dos constataciones anteriores.

Pero mi propuesta reflexiva no termina aquí. Más en detalle, hay distintos principios y enfoques posibles para esbozar una teoría de justicia ecosocial: algunos articulados desde el prisma distributivo y otros desde el reconocimiento y la no dominación. Estas son aportaciones que conceptualmente pueden ayudar a cimentar una reformulación del enfoque de las capacidades propuesto por Sen y Nussbaum. Por un lado, los abordajes distributivos pueden aportarle una mayor adecuación con la dimensión ambiental e intergeneracional de la justicia, mientras que los abordajes centrados en el reconocimiento y la ausencia de dominación le otorgan la inclusión moral de las capacidades de los seres no humanos, las comunidades bióticas y los ecosistemas.

Esto último conduce a una cuarta aseveración que compone la tesis defendida en este libro. Argumento que hay varias aproximaciones filosóficas complementarias para elaborar un discurso adecuado para la justicia ecosocial, siempre y cuando se lleve a cabo una adaptación del lenguaje de las capacidades. Tal adaptación intuyo que se beneficiaría de abrazar una idea como la de florecimiento sinérgico, que comprenda las capacidades a distintas escalas y de diversos seres, humanos y no humanos.

Dicho de forma más resumida, el razonamiento central de esta obra también se podría articular de la siguiente manera:

C'. La igualdad de capacidades centrada en umbrales mínimos y desprovista de unos límites puede provocar conflictos entre capacidades, a menudo conflictos entre una capacidad individual y otra colectiva. Un caso paradigmático para apreciar esta situación de injusticia es atender al escenario ecosocial actual, especialmente analizar la industria cárnica: esta es un

motor de contracapacidades que no se ha tenido suficientemente en cuenta por muchas teorías de justicia distributiva, incluido el enfoque de las capacidades. La forma más justa multidimensionalmente (es decir, ecológica, social, intergeneracional e interespecíficamente) de evitar algunas contracapacidades puede ser integrar no solo principios de justicia ambiental desde la dimensión distributiva, sino también políticas ecológicas, estrategias de justicia y fundamentos morales vertebrados desde la dimensión del reconocimiento y la participación basada en la ausencia de dominación.

MARCOS TEÓRICOS Y METODOLOGÍAS

Puede afirmarse que hay tres fondos teóricos principales que dan sostén a este libro: los filosóficos, sobre todo aquellos centrados en teorías de la justicia y normatividades morales; los científicos, basados en análisis fundamentalmente ambientales, y los sociológicos, especializados en estudiar el metabolismo «desarrollado» de las sociedades más enriquecidas económicamente. Aunque cabe aclarar que se hace uso de una extensa bibliografía que no toda encaja, necesariamente, en esta clasificación genérica, sí que puede advertirse que son las áreas teóricas con más presencia y que dan un mayor soporte a algunos de los temas tratados en los distintos capítulos.

Dentro del primer marco teórico, además de hacer alusión a las distintas teorías de la justicia distributiva, contractualista, del reconocimiento y de la no dominación, sin lugar a duda la piedra angular es el enfoque de las capacidades. Este destaca por ser el eje teórico básico de este libro, el punto de partida fundamental, dado que la intención es reformularlo críticamente. Ahora bien, aunque dentro del análisis se toma en parte como referencia el enfoque de las capacidades en general, según la lógica establecida y secundada por Amartya Sen y Martha Nussbaum, en algunos momentos se profundiza más en las aportaciones de Nussbaum, así como en su propia teoría particular de las capacidades. El hecho de preferir centrarme más en las ideas de Nussbaum que en las de Sen no

es porque se presuponga que el pensamiento de este último no sea susceptible a la crítica ecológica. La razón principal por la que se entra en un mayor detalle y diálogo con Nussbaum es porque ella avanza unos conceptos y en unas líneas argumentativas, en mi opinión, necesarias para una buena teoría de la justicia, pero que a su vez precisan de una revisión crítica. Hago referencia sobre todo a su noción de igualdad de umbrales o de mínimos de capacidades y a su propuesta de una lista básica, dentro de la cual incluye la capacidad central de estar sano. Además, su comprensión sobre la dignidad humana, que le lleva a respaldar una idea del florecimiento interesante y extendible a los animales no humanos, resulta de especial interés para el tema de este libro. Estos puntos principalmente son los que Nussbaum explora con mayor atrevimiento que Sen y que considero que aportan un valor necesario a las teorías de la justicia. Sin embargo, no dejan de ser puntos controvertibles que merecen ser complementados por otros apuntes a fin de evitar el desarrollo de contracapacidades, tal y como argumento. Estos apuntes críticos y complementarios son parte de la contribución principal que pretendo ofrecer aquí, y vienen reforzados asimismo por los trabajos de otros teóricos de las capacidades.

Otro fondo teórico que se toma en este libro, menos filosófico, pero no por ello menos relevante, es el marco comprendido por la bibliografía científica. Este es muy extenso y sirve para comprender más adecuadamente por qué si se trata de aplicar la igualdad de capacidades en la versión, por ejemplo, de Nussbaum, puede llevar a contradicciones ecológicas e incluso a injusticias sociales. Aquí un análisis de informes de organismos como el IPCC, el IPBES, la OMS, la FAO, la ONU, The Lancet o Ecologistas en Acción, son algunas de las referencias clave que se toman en consideración. También el estudio de artículos académicos sobre efectos ambientales o en la salud de algunos procesos industriales, como por ejemplo la industria cárnica, dentro de nuestro metabolismo social sirve para arrojar algunas conclusiones relevantes. Asimismo, otros libros inspiradores de divulgación científica o manuales más técnicos escritos por diversos autores aportan información de interés que es tratada a lo largo de las páginas.

El tercer fondo teórico, que en un sentido puede entenderse como sociológico, pero va más allá al incluir abordajes económicos, antropológicos, demo-

gráficos, tecnológicos y también ecológicos, es toda aquella bibliografía en la que distintos autores han trabajado desde varias disciplinas el metabolismo sociocultural propio del modelo de desarrollo económico hegemónico, un metabolismo cada vez más global, complejo e industrializado. Aquí, además de diversos artículos académicos e informes sobre el tema, han servido de inspiración y marco de referencia los estudios de autores expertos en ecosocialismo y ecología política, ampliamente reconocidos en el Estado español, como por ejemplo Jorge Riechmann, Joan Martínez-Alier, Ramón Fernández Durán, Luis González Reyes, Manuel Arias Maldonado, Giorgos Kallis, entre otros. Estas obras han aportado muchos datos, observaciones y reflexiones que han servido para soportar rigurosamente buena parte del contenido de las tesis que aquí desarrollo.

Estos tres marcos teóricos constituyen *grosso modo* el esqueleto bibliográfico y la literatura consultada que dan sostén a las páginas que vendrán a continuación. Ahora bien, teniendo en cuenta las motivaciones que han guiado la escritura de este libro, uno podría preguntarse por qué no recoger más referencias académicas sobre la moralidad del trato que tenemos con los animales, por qué no incluir más bibliografía basada en los argumentos morales del especismo o de aquellos centrados en discutir la sintiencia animal. Es decir, ¿por qué dentro de mi marco teórico fundamental no se encuentra apenas alusión a obras que versen sobre la ética animal? La razón se debe a mantener con mayor fidelidad el compromiso con mis objetivos, diferentes a aquellos intereses que me motivaron y llevaron hasta esta investigación. Los objetivos de este libro discuten cuestiones más «amplias», por así decirlo, que aquellas relativas a la sintiencia animal. Considero que la larga bibliografía que existe sobre este tema es de suma importancia e incluso puede ser complementaria a las tesis que aquí definiendo, pero es otro camino y línea de discusión que no he podido tomar por razones de extensión. Al aplicar el enfoque de las capacidades al escenario ecosocial y al proceso de la industria cárnica me interesaba más estudiar cómo desengranar las formas en las que aparecen las contracapacidades en un sentido ecológico. Sin embargo, doy por sentado que en el contexto ecosocial que vivi-

mos y mediante una perpetuación del sistema alimentario actual se pierden multitud de capacidades básicas de los animales no humanos.

La metodología ejercida en este libro es sobre todo el resultado de la aplicación sistemática y narrativa de los conceptos y fundamentos expuestos en el marco teórico. Es un trabajo principalmente filosófico, donde por un lado trato de articular una base conceptual sólida (que consiste en una reformulación del enfoque de las capacidades) para el esbozo de una justicia ecosocial, y por otro lado pruebo a aplicarlo a casos reales donde se aprecia la conexión entre alimentación, desigualdades alimentarias y salud global. Sobre esta otra parte más aplicada, en especial, analizo (gracias también a la casuística y los datos extraídos de informes y artículos científicos) cómo en terrenos dominados por la ganadería industrial se deterioran capacidades ecosistémicas a cambio de potenciar unas capacidades humanas. Así pues, un método presente en este trabajo ha sido el estudio y la revisión crítica de la literatura académica según los marcos teóricos antes descritos y acorde a los objetivos del libro, y otro método ha sido la recopilación de datos de bases de datos, informes y artículos para profundizar en el contenido de los capítulos de la tercera parte, que tratan de ser más aplicados.

Todo esto haría referencia a una explicación procedimental de los mecanismos utilizados para el análisis de las problemáticas que pretenden abordarse en esta obra. Pero hay otra explicación más teórica sobre los mecanismos conceptuales que han guiado este tipo de procedimiento. Es decir, si he optado por consultar obras y estudios de tan diversas disciplinas es también por una razón metodológica concreta: el «integracionismo». En todo momento he procurado que mi metodología sea integracionista y sistémica en lugar de basarme en análisis solo reduccionistas. Por esto, la bibliografía es tan extensa y variada y hay diferentes marcos teóricos que dan soporte a las ideas que discurren a lo largo de las próximas páginas.

El método filosófico integracionista fue acuñado por Josep Ferrater Mora para argumentar que algunos sistemas de pensamiento aparentemente opuestos, en realidad, podían entenderse también como complementarios. Planteaba que

la oposición tradicional de conceptos aparentemente irreductibles y fuente de muchas disputas y divisiones (como, por ejemplo, naturaleza-razón, causalidad-libertad, ser-deber ser, alma-cuerpo, humanidades-ciencia o animalismo-ecologismo) no denota realidades existentes en sí mismas, sino que son «conceptos límite».² Es decir, estos «polos opuestos» existen solo como tendencias o direcciones de la realidad y por tanto son complementarios y útiles para hablar de ella. Este pensamiento casi ontológico es el que guía en gran medida la orientación de mi libro. Mientras escribía los distintos capítulos, he procurado concebir la realidad y la información consultada de forma emergente y sistémica. Tal metodología presupone que cada proceso, organismo o estructura, aunque depende para existir de los elementos que la componen, no es reductible a ellos porque adquiere nuevas propiedades y funciones que no se pueden explicar en función de las del elemento.

Además, mis modos de estudio y reflexión se encuentran teñidos fundamentalmente por lo que se conoce como «consiliencia», un término revivido por Edward Osborne Wilson en 1998.³ Lo que viene a insinuar este concepto es que las ciencias y las humanidades tienen el objetivo común de proporcionar un sentido coherente con el funcionamiento del mundo. Construyendo un puente entre las ciencias y las humanidades es factible dirigir la comprensión de, por ejemplo, las injusticias producidas por conflictos entre capacidades hacia un camino interdisciplinar. Por eso, este libro se basa en un análisis tanto biológico, económico y ambientalista, como social, ético y político. Procuero partir de una metodología que unifique estas diferentes perspectivas en aras de inteligibilizar mejor la dinámica del asunto a estudiar.

Sin embargo, aunque la investigación que he tomado para escribir las páginas de este libro haya sido interdisciplinar, no es mi intención caer en un reduccionismo que resuelva todas las cuestiones de contracapacidades de manera

² Ferrater, J. (1962). *El ser y la muerte: bosquejo de una filosofía integracionista*. Madrid: Aguilar.

Ferrater, J. (1967). *El ser y el sentido*. Madrid: Revista de Occidente.

³ Wilson, E. O. (1998). *Consilience: The Unity of Knowledge*. Nueva York: Random House.

simplista, puesto que el modo en cómo operan las relaciones de poder, la cultura, los hábitos y los procesos biológicos y ecológicos es complejo, sutil y a menudo pasa inadvertido. Lo que pone de manifiesto el ejercicio de este método es la premisa de que ciertas injusticias no deberían ser consideradas meramente como un problema económico, ecológico, político, mercantil, histórico, social o cultural, sino que todos estos ámbitos se interconectan generando el entramado complejo que las componen. Por ello, esta obra trata de integrar una amplia variedad bibliográfica. Ninguna razón aislada es la causa completa de la tesis de las contracapacidades, sino que es preciso una visión panorámica e interdependiente, individual y concreta pero también sistémica.

Además de estas explicaciones más o menos técnicas o filosóficas sobre las metodologías empleadas, considero curioso aludir a una pregunta que suele plantearse, como es la siguiente: ¿cómo escribir tantas páginas sin sucumbir frecuentemente al desánimo, perder los ejes temáticos, desestructurar la investigación o decaer en una falta de autoestima? Hay infinitud de respuestas informales posibles y ninguna tiene por qué ser más válida que otra. En mi caso, me ha servido ir leyendo, reflexionando y escribiendo poco a poco, manteniendo horizontes cercanos a mi vista y fáciles de alcanzar en apenas unas horas o días, y solo levantando la cabeza puntualmente para revisar la estructura general y comprobar que mantenía los ejes centrales de las tesis que fundamentan el libro. Al menos a mí, me ha servido mantener este tipo de planificación que, sin lugar a duda, tampoco habría sido posible sin una cierta fuerza de voluntad y confianza en que cada granito de arena que iba moldeando y depositando acabarían por formar en algún momento un manuscrito acabado.

También puede considerarse que los trabajos que uno escribe nunca están plenamente terminados, nunca quedan completados del todo porque siempre hay capítulos que podían haberse detallado más, argumentos que se podían haber reformulado mejor, líneas que se podían haber ahorrado y una estructura que podía haberse articulado con más acierto. La famosa conclusión amarga de que «podía estar mejor». Es un juicio en parte cierto y, sin embargo, sesgado, porque suele hacerse desde posiciones, contextos o momentos distintos a los

que uno se encontraba mientras forjaba el escrito. El modo en que he expresado las ideas de este libro y la metodología llevada a cabo es resultado de mis conocimientos, circunstancias y tiempos limitados dentro del contexto que me encontraba durante su elaboración. Sin ánimos de excusar los errores o aspectos criticables que puedan, seguramente con razón, encontrarse en las páginas venideras, o sin tampoco pretender rechazar el juicio, también razonable, de que este libro «es mejorable» (por supuesto y afortunadamente, lo es), solo espero que se confíe en que he puesto mi empeño en construir un texto que, al menos, creo que invita a la reflexión y puede ser de cierto interés para quienes queremos florecer en este mundo sin causar mayores injusticias sociales y desequilibrios ecosistémicos.

ESTRUCTURA Y DESARROLLO DE LOS CAPÍTULOS

¿Cómo está estructurado este libro? Además de esta introducción, las páginas escritas a continuación han sido divididas en cuatro grandes partes en función del contenido, el tipo de preguntas formuladas y los estadios o pasos que estimaba imprescindibles para desarrollar esta obra. Muy resumidamente, puede decirse que el primer bloque presenta el marco teórico filosófico que se someterá a discusión a lo largo de todo el libro, a saber, el de la igualdad de capacidades. El segundo bloque se adentra en la crítica levantando objeciones hacia algunas de sus bases conceptuales y sugiriendo un nuevo concepto, como es el de contracapacidad. El tercer bloque expone los retos contextuales, como los efectos climáticos o contaminantes de la ganadería industrial, a los que se enfrentaría la formulación clásica del marco teórico de encarnarse bajo las políticas de una justicia social despreocupada de la biosfera y de la salud global. El cuarto bloque se dirige a plantear alternativas para adaptar o transformar ese marco teórico de manera coherente al desafiante contexto que vivimos, explorando propuestas de una justicia ecosocial. A continuación, describo más en detalle estas divisiones que forman el esqueleto de este libro:

- 1) La primera parte, titulada «Buscando una igualdad de capacidades», corresponde al marco teórico filosófico del que se parte, a saber, las ideas básicas relacionadas con el enfoque de las capacidades, tomadas en un sentido descontextualizado, *in abstracto*. Este bloque queda dividido en los capítulos siguientes:
 - El primer capítulo, en concreto, introduce los pensamientos sobre la justicia que predominaban antes del enfoque de las capacidades, especialmente desde finales de la modernidad hasta la época contemporánea. Una sección busca comprender la dicotomía entre dos valores básicos para la justicia social, la libertad y la igualdad, sobre todo a la luz de las históricas revoluciones de los siglos XVIII y XIX. Luego, otra sección expone las teorías del igualitarismo liberal que han predominado durante el siglo XX, formando un poso conceptual idóneo para la enunciación de las capacidades.
 - El segundo capítulo explica más en detalle en qué consiste el enfoque de las capacidades y cuáles son sus principales argumentos originales dentro de la tradición distributiva de la justicia. Se toma especialmente como referencia las ideas de Nussbaum, reproduciendo su lista de capacidades básicas, sus ideas acerca del cosmopolitismo y su expansión de las capacidades a los animales no humanos. También, el capítulo queda complementado por la puntualización de unos primeros límites que se encuentran en el marco de las capacidades y que ya son incluso advertidos, pero no adecuadamente resueltos, por Nussbaum.

- 2) La segunda parte, titulada «¿Y si surgieran contracapacidades en la esfera de la justicia social?», está dedicada a reformular críticamente el enfoque de las capacidades, con especial énfasis en discutir el marco liberal, individualista y de justicia distributiva que a menudo lo comprende. Esta tarea se lleva a cabo en dos estadios:
 - El tercer capítulo se lanza directamente a sustentar una crítica teórica del enfoque de las capacidades sobre la base del concepto original

de contracapacidad, entendido como conflicto entre capacidades. Para contraargumentar las ideas básicas de Sen y Nussbaum, el primer paso que acoge este capítulo consiste en sugerir la existencia de capacidades colectivas. Estas son un modo de entender las capacidades desde el reconocimiento de toda una significación cultural y sociohistórica que las impregna, lo cual lleva a trascender un reduccionismo hacia la atomización de las libertades individuales.

- El cuarto capítulo, basado en la aceptación de capacidades colectivas, se encarga de explorar y denunciar desde una perspectiva republicana los roles de dominación entre las capacidades. Asumiendo un marco de justicia como ausencia de dominación y con responsabilidades prospectivas encauzadas desde la acción colectiva, se abraza parte del legado filosófico de Iris Marion Young y se procura extenderlo a la realidad sistémica que vivimos.

3) La tercera parte, titulada «Capacidades y naturaleza en crisis: el ejemplo de la industria cárnica», consiste en una exposición esencialmente descriptiva del contexto emergente que vivimos en la actualidad, marcado por íntimas relaciones entre el metabolismo social y los cambios ecológicos. Dentro de este contexto, la industria cárnica es el proceso que se analiza con mayor detenimiento como caso paradigmático de generación de contracapacidades. Esta parte se separa en otros dos capítulos:

- El quinto capítulo describe en qué consiste la crisis o colapso ecosocial actual y cuáles son algunas de sus causas y efectos principales, dejando constancia de que el metabolismo industrial provoca numerosas injusticias sociales y ecológicas a escala tanto local como global.
- El sexto capítulo procura presentar qué es la industria cárnica y de qué modo este sistema alimentario compromete gravemente la salud pública. Para ello, a lo largo de varias secciones se explica la paradoja de la malnutrición en el mundo, el desequilibrio biogeoquímico que causa sobre los ecosistemas y sus consecuencias sobre el metabolismo del consumidor, así como de nuestros descendientes. También

trata de explorar filosóficamente los vínculos entre las contracapacidades y la industria cárnica, haciendo uso de las perspectivas comunitaristas y republicanas esbozadas en capítulos anteriores.

- 4) La cuarta parte, titulada «Esbozos de una justicia ecosocial», indaga en las diversas teorías, principios y movimientos de la justicia que se han propuesto para responder a la emergencia ecológica contemporánea. Asimismo, se propone una reformulación del enfoque de las capacidades que redujese las contracapacidades introduciendo nuevas aportaciones conceptuales coherentes y aplicadas al contexto ecosocial y, sobre todo, a la industria cárnica. De esta manera, este último bloque se estructura en tres capítulos más:
- El séptimo capítulo se compone por cuatro secciones, todas dedicadas a presentar razones y sentires acordes al contexto ecosocial. La primera expone la idea de una ética de la interdependencia global proponiendo un abordaje de qué tipo de responsabilidad iría en consonancia con el entramado de relaciones en las que habitamos. La segunda sección esboza algunas de las teorías contractualistas más defendidas recientemente desde la literatura académica para afrontar distributivamente los efectos de la contaminación, el caos climático y el deterioro ecosistémico. Y las siguientes dos secciones buscan presentar un modelo de justicia, un movimiento social o una cosmovisión, acorde a la emergencia ecológica desde la filosofía del reconocimiento y de la ausencia de dominación.
 - El octavo capítulo procura reconducir, precisar y tejer algunas de las aportaciones teóricas que se han hecho recientemente desde la literatura de las capacidades aplicadas al problema ambiental y ecológico. Para ello, se toman como referencia las contribuciones de autores como David Kronlid, Breena Holland, David Schlosberg o Tea Kortetmäki, quienes han trabajado profusamente en «hacer más verde» el enfoque de las capacidades, acogiendo, incluso, perspectivas no antropocéntricas y holísticas.

- En el noveno capítulo, sobre la base de estas ideas es que formulo el tentativo concepto de un florecimiento sinérgico. Una manera de comprender el florecimiento según el que, por un lado, se reconozcan las capacidades ecosistémicas basadas en la noción de integridad, y por otro, se busque armonizar el desarrollo de las capacidades humanas con las no humanas. Lo cual conduce al misterioso interrogante de cuáles podrían ser esas capacidades no estrictamente individuales que escapan a nuestras epistemologías antrópicas.

El contenido principal de este libro termina con una conclusión, en la que se sintetizan los resultados clave a modo de recapitulación, se apuntan unas observaciones finales en las que se anotan algunos desafíos y límites encontrados, y se argumenta qué oportunidades ofrece y cuáles pueden ser los futuros pasos que tomen aquellas obras dedicadas a investigar los límites ecológicos de la igualdad de capacidades y del desarrollo humano.